

DOMINGO I DE ADVIENTO, CICLO B

VIGILANTES HASTA EL FINAL

Por Alfonso Martínez Sanz

Lecturas: Isaías 63, 16b-17; 64, 1. 3b-8; I Corintios 1, 3-9; Marcos 13, 33-37



1. Una vez más, estamos comenzando un nuevo año litúrgico. A lo largo de 365 días, vamos a recordar, celebrar y hacer presentes en nuestros templos y comunidades cristianas los principales misterios de nuestra fe. La gracia del Señor va a caer sobre nosotros como lo hace la lluvia fina que penetra en la tierra preparada y, por ello, la hace fecunda. Pero la tierra ha de estar preparada para que su fecundidad se convierta en frutos buenos y abundantes. De manera semejante, cada uno de los cristianos ha de preparar y cultivar la *tierra* de su

vida, para que la lluvia de la gracia haga que, en esa su vida, surjan frutos abundantes de santidad personal y de apostolado.

El tiempo de adviento que comenzamos hoy es una clara invitación a preparar bien la *tierra* de nuestra alma, de cara a una celebración auténtica de la Santa Navidad. El fin de este tiempo de gracia es conseguir celebrar de tal manera la Navidad, que el Niño Dios nazca de verdad espiritualmente en nosotros, y así nuestra Navidad no se quede, como sucede en gran medida en muchos ambientes, en una navidad pagana, vaciada de contenido cristiano, y eso no es Navidad, de una manera semejante a como la malta no es café.

2. La primera lectura es del gran Isaías, profeta de Judá en el siglo VIII antes de Cristo. Su nombre significa *Yahvé es salvación* y desarrolló su actividad, sobre todo, entre los años 736-687, antes de que naciera el Niño de Belén. Testigo de la ruina de Samaria, la idea principal de su predicación era que Dios era santo y que los israelitas debían serlo igualmente. Rechazaba con ironía las costumbres judías impregnadas de ideas paganas, porque conducían al pecado y a la corrupción.

El pueblo de Israel se hallaba en una situación complicada y desesperante por encontrarse en la esclavitud, y porque los pecados, que abundaban, hacían al hombre repugnante, impuro, sin peso, lo cual le alejaba de Dios al no vivir la Alianza del Sinaí. En esa situación, el profeta predica a su pueblo que el único que le puede salvar es el Señor, y exclama: *vuélvete por amor a tus siervos y las tribus de tu heredad. ¡Ojalá rasgases el cielo y bajases.* Les anuncia proféticamente, además, que los que acepten las exigencias de Yahvé verán realizado el reino futuro, a cuya cabeza estaría el rey Mesías, descendiente de David, el Emmanuel (*Dios con nosotros*), cuyo nacimiento en Belén vamos a celebrar, un año más, en la próxima Navidad.

3. Isaías hablaba del Salvador, del Dios con nosotros y para nosotros. Pasados los siglos, ese rey Mesías vino en humildad, hecho Niño pequeño y necesitado de todo, pero sin dejar de ser Dios infinito, inmenso y poderoso, aunque *escondido* bajo los límites, limitaciones y necesidades de un Niño como los demás.

El evangelio de este domingo, sin embargo, y con él otros textos del adviento, nos hablan de la otra venida del Salvador. Será en majestad y gloria, al final de los tiempos, para juzgar al mundo y dar a cada uno según lo que esté escrito en el Libro de la vida, del que nos habla el Apocalipsis. Será, además, el momento en el que los cuerpos resucitarán: unos para vida eterna, otros para condenación eterna, según sus obras.

4. Ante esta verdad, el evangelio recoge unas palabras de Jesús que con claridad meridiana invitan a la vigilancia: *mirad, vigilad, pues nos sabéis cuándo es el momento*. Y, por si no hubiera quedado suficientemente claro, añade: *velad, entonces, pues no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa, si al atardecer, o a medianoche, o al canto del gallo, o al amanecer*. Nadie tiene certificado de cuándo ocurrirá la hora de tener que presentarse delante de Dios, inmediatamente después de que le llegue el momento de su muerte. Tampoco lo tiene nadie sobre cuándo llegará el fin del mundo y, con él, el juicio final universal. Lo totalmente cierto es que los dos momentos llegarán para todos, incluidos los que afirmaban, mientras vivían, que todo terminaba con la muerte. Por ello, todo tiempo -también el adviento- es tiempo de vigilancia, pero alegre, esperanzada y nunca agobiante

Mons. Asenjo Pelegrina, siendo Obispo de Córdoba, escribía en noviembre de 2008: *comenzamos en este domingo el tiempo de Adviento, que nos prepara para recordar la primera venida del Señor y nos dispone para acogerle en nuestros corazones en la nueva venida que cada año actualiza místicamente la liturgia. La Iglesia nos invita además a dilatar la mirada: el Señor que vino hace dos mil años, que viene de nuevo a nosotros en Navidad, vendrá glorioso como juez al final de los tiempos. Por ello, el tiempo de Adviento y toda la vida del cristiano es tiempo de alegre esperanza. Es tiempo también de vigilancia, a la que nos insta el evangelio de los últimos domingos del año litúrgico y también el de este domingo primero de Adviento con las parábolas de las vírgenes prudentes y los criados vigilantes*

5. Que la Santísima Virgen nos haga entender y vivir estas otras palabras del que era Obispo de Córdoba, actual Arzobispo de Sevilla: *es necesaria también la vigilancia ante los posibles peligros que pueden debilitar nuestra fe o nuestra vida cristiana. El cristiano no puede vivir en una atmósfera permanente de temor, porque cuenta con la ayuda de la gracia de Dios, pero tampoco ha de ser un atolondrado, ni creerse invulnerable ante las tentaciones del demonio. Ha de vivir su vida cristiana con responsabilidad y sabiduría, para descubrir los peligros que ponen en riesgo nuestra fe y, sobre todo, el mayor tesoro del cristiano, la vida de la gracia, que es comunión con el Padre, el Hijo y el Espíritu. Que nuestra Madre del cielo nos ayude.*